

La Revolución de Mayo como mito de orígenes

Fabio Wasserman*

Para muchos argentinos, la Revolución de Mayo es el acontecimiento más significativo de su historia. Esto puede percibirse en el creciente interés que despertó su recuerdo en los últimos años, alentado en buena medida por la crisis de 2001 que incitó a buscar en el pasado las claves para comprender el presente y por la cercanía de su bicentenario que motorizó diversas iniciativas destinadas a conmemorarla. Si esto es cierto, cabe preguntarse por qué entre tantos hechos históricos se sigue privilegiando su recuerdo y, además, de qué manera se lo hace. En cuanto a la primera cuestión, la respuesta no parece difícil de hallar pues se trata de nuestro *mito de orígenes*. En efecto, si existe una tradición arraigada en la sociedad argentina es la de asociar el origen de la nación a la Revolución de Mayo. Lo cual nos lleva a la segunda de las cuestiones, pues esta tradición, como todas, no es un hecho natural sino que tiene una historia tan conflictiva como la de la sociedad que la hizo suya.

Su tramo más conocido arranca a fines del siglo XIX con la consolidación del Estado nacional, la conformación de una economía capitalista y el masivo arribo de inmigrantes que dieron forma a lo que algunos autores dieron en llamar la *Argentina moderna*. Fue entonces cuando comenzó a cobrar consistencia la idea de que la Revolución de Mayo debía considerarse como el momento de alumbramiento o toma de conciencia de la nacionalidad argentina. Esta interpretación, que terminó de consagrarse hacia 1910 en el marco de los festejos por el Centenario, admitió de ahí en más variados contenidos y orientaciones, pero sin recibir cuestionamientos de fondo. Lo cual no resulta extraño, ya que se trataba precisamente de fijar un origen para la comunidad de la que formaban parte los argentinos. Un origen que, como tal, debía portar el sentido y el destino de la experiencia histórica nacional. Pero por eso mismo, ya no podía haber consenso en su caracterización y en la de sus protagonistas, temas acerca de los cuales se entablaron numerosas polémicas históricas que eran también políticas e ideológicas pues derivaban de las diferentes ideas de nación que tenía cada sector. De ahí que estas disputas se organizaran en torno a polos antagónicos e irreductibles que obligaban a tomar partido:

Saavedra o Moreno, Buenos Aires o el Interior; movimiento popular o elitista, origen civil o militar, pensamiento ilustrado francés o pensamiento católico español.

Ahora bien, en los últimos años los historiadores señalaron la necesidad de revisar esta forma de ver las cosas, al desechar la posibilidad de que la revolución pudiera considerarse como la expresión política de una nacionalidad argentina entonces inexistente. Plantean, en ese sentido, que la revolución fue consecuencia del proceso de desintegración de la unidad monárquica española, que a uno y otro lado del océano dio pie a la erección de juntas de gobierno basadas en la doctrina de la retroversión de la soberanía.

Este enfoque no solo permitió volver a examinar el proceso revolucionario, sino que también invita a revisar qué significó para sus testigos y protagonistas. Para ello debemos situarnos en los años previos a la revolución. Eran momentos de gran incertidumbre, pues tanto en España como en América se estaban produciendo hechos inesperados como las invasiones inglesas de 1806/7 o las abdicaciones de Bayona en 1808, que culminaron con la coronación como rey de España de José Bonaparte, hermano de Napoleón. Estos y otros sucesos, aunque inciertos, ponían de manifiesto que la Monarquía no podría subsistir. Se estaba asistiendo al derrumbe de un mundo y ningún sector contaba con respuestas acabadas sobre qué debía hacerse. Frente a este estado de cosas, la revolución se presentó como una salida que, al promover un corte abrupto con el pasado colonial, permitió dotar de sentido a esa experiencia inédita, fundando una nueva fuente de legitimidad cuya fuerza puede percibirse en su constante invocación por todos los sectores en pugna, fueran estos radicalizados: los morenistas, o moderados: los saavedristas.

De ese modo, la revolución excedió su condición de acontecimiento o proceso histórico al constituirse en una suerte de mito o, más precisamente, de una creencia colectiva capaz de orientar el proceso político abierto con la crisis de la Corona española y su administración local. Es que para muchos no se trataba solo de un cambio de gobierno a favor de los criollos, sino también un llamado a producir transformaciones que debían guiarse por principios y valores, como Libertad y Justicia, a los que al poco tiempo se agregaría el de Independencia. Esta creencia permitía

En general, se consideraba a los sucesos revolucionarios como resultado de una combinación de azar, providencia y, en menor medida, genio y sentido de la oportunidad.

dejar de vivir la crisis monárquica en forma pasiva: quienes la invocaban presumían de estar protagonizando la construcción de un nuevo orden o, en términos de la época, una verdadera *regeneración*.

Con el correr de los años, el mito asumiría nuevos sentidos. Si en 1810 apuntaba a fundar un nuevo orden a la vez que era un acicate para dar forma a un futuro en el que quedaría enterrado un pasado oprobioso, tiempo después se convirtió en un *mito de orígenes*. De ese modo, la revolución continuó siendo invocada para legitimar discursos y acciones, y se produjeron constantes disputas para apropiarse de su legado.

Ahora bien, la existencia de agudas diferencias políticas, ideológicas o de intereses no obstó para que se fuera dando forma a una serie de representaciones e interpretaciones que gozaron de un extendido consenso durante gran parte del siglo XIX. En general, se consideraba a los sucesos revolucionarios como resultado de una combinación de azar, providencia y, en menor medida, genio y sentido de la oportunidad. Y esto era así porque, a la hora de explicar lo sucedido, se colocaba en primer lugar la crisis monárquica y después la reacción que tuvo la dirigencia criolla. Incluso quienes habían sido sus protagonistas -como Manuel Belgrano, el Deán Funes o Cornelio Saavedra- entendían que la revolución debía atribuirse a una serie de hechos providenciales que no podían ser previstos ni dominados sino tan solo aprovechados una vez producidos. Esta caracterización puede apreciarse en el constante recurso que se hacía de imágenes o metáforas que remiten a fenómenos naturales, incontrolables e irrevocables, que no pueden ser previstos ni afectados por los hombres: un meteorito, un torrente, una marea, un terremoto, un volcán, una erupción. De ese modo, se reforzaba la impresión de que la revolución era parte de un proceso cuyo curso excedía toda decisión o acción humana consciente. Esquema providencial al que también recurrían los clérigos en sus sermones patrióticos, aunque lo hacían en clave divina.

Esta interpretación afectaba la creencia según la cual la revolución era un proceso de redención de la comunidad por su propio esfuerzo. Sin embargo ambas perspectivas podían ser congeniadas, pues solía postularse la existencia en el curso de la revolución de dos momentos que debían ser valorados de muy diverso modo: por un lado, la

crisis monárquica que dio pie al cambio de gobierno y, por el otro, la lucha por la independencia y la construcción de un nuevo orden. Se suponía que en el primer momento habrían primado los aspectos providenciales; mientras que en el segundo, la acción humana había tenido mayor incidencia a través de la guerra y la acción política.

Dicho distingo permitía atenuar la tensión entre la dimensión mítica de la revolución, que era percibida como el esfuerzo de una comunidad por redimirse, y su caracterización como un hecho providencial, inmanejable y, a priori, imprevisible. De todos modos, se trataba de un problema menor que no tenía por qué afectar la percepción optimista que se tenía del proceso. Lo que no resultaba tan fácil de resolver era otra cuestión mucho más dramática y que incidió decisivamente en su valoración. Me refiero a los que podrían considerarse como sus efectos *indeseados*; es decir, los conflictos facciosos, ideológicos, sociales, regionales y económicos que desató y que aún influyen decisivamente en las imágenes que tenemos del período. Es que si bien solía culpabilizarse de esos enfrentamientos al atraso legado por siglos de dominio colonial, que impedía asumir con madurez la libertad alcanzada, comenzó a extenderse la sospecha de que la revolución había hecho un aporte decisivo en ese sentido, al poner en crisis el antiguo orden sin poder acertar en la erección de uno nuevo capaz de reemplazarlo.

De ahí que las numerosas ocasiones en que se pretendió dar forma a una nueva institucionalidad fueran monótonamente acompañadas por llamados a poner fin a la revolución. Es el caso del *Manifiesto del Congreso a los Pueblos*, publicado en 1816, pocos días después de declarada la Independencia, y que se haría conocido por la expresiva frase que encabeza el decreto que lo acompaña: "Fin a la revolución, principio al orden". Ahora bien, lo notable es que a pesar de que para muchos la revolución había sido una suerte de caja de Pandora que había desatado todo tipo de males, esto no afectó su legitimidad como *mito de orígenes*. Mito que, como es público y notorio, se constituiría de ahí en más en uno de los pocos motivos de consenso para los pueblos del Plata y, posteriormente, para la sociedad argentina.

* Historiador, docente e investigador de la UBA y del Conicet

Entrevista con Álvaro Fernández Bravo*

De un Centenario al otro

Inés Dussel

-Usted estudió la celebración del Primer Centenario en 1910, y señaló que estuvo marcada por su “multiplicación de monumentos, edificios y estatuas”. Esa proliferación de monumentos quiso dejar una huella importante en la memoria colectiva y consolidar una imagen e identidad de la nación. ¿Qué elementos destacaría de esos festejos de 1910? ¿Cuál era el relato predominante sobre la nación?

El Primer Centenario de la Revolución de Mayo, conocido hasta ahora como Centenario a secas, es un período que ha recibido una atención bastante intensa desde la historia cultural. Los ensayos de José Luis Romero, Adolfo Prieto, Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, y Adrián Gorelik se han detenido en el período como un momento de condensación simbólica que se reconoce en la producción de un conjunto de ensayos y obras literarias que revisan y eva-

lúan la posición de la nación en relación con los principios bajo los cuales fue fundada. Se trata también de un momento de proliferación de monumentos conmemoratorios en una ciudad que no tenía demasiados. La palabra monumento (del latín *monumentum*, recordar) está asociada con la pedagogía y la fijación en la cultura material, preferentemente arquitectónica, de la memoria colectiva. La práctica de los monumentos en el espacio urbano es en realidad relativamente reciente. Comienza, como los museos, con la Revolución Francesa. La demolición de la Bastilla, en 1790, es el primer acto público que refiere el monumento; hay culturas como la japonesa que tienen un concepto muy distinto de la preservación de la memoria colectiva. Hacia fines del siglo XIX los monumentos se expanden en todo el mundo. Italia, por ejemplo, establece jurisdicción sobre el patrimonio nacional en 1909, es decir muy cerca de la celebración del Centenario en la Argentina.



“El Centenario me parece relevante en el caso argentino por dos razones: por la presencia de la literatura y de los escritores como observadores y por los debates en torno a la cultura material”.

Se trata de un momento en el que las ferias y exposiciones eran un tipo de expresión pública bastante difundido, en particular las Exposiciones Universales que tuvieron lugar en Europa y los Estados Unidos. En América Latina se buscó conmemorar los centenarios -como en Brasil, Argentina y Chile- con celebraciones de un tenor semejante: fiestas públicas, edificios y palacios, participación de delegaciones extranjeras (a Buenos Aires concurrió la Infanta Isabel de Borbón, de España, y Georges Clemenceau, primer ministro de Francia, que escribió un relato interesante sobre su visita). Tuvieron lugar simultáneamente debates de ideas, en los que escritores a menudo críticos y hostiles a la celebración, dejaron su testimonio. En Brasil me interesaron las intervenciones de Lima Barreto, un escritor mestizo, cronista de prensa, que reacciona escandalizado por el gasto de dinero y la transformación de Río de Janeiro para las celebraciones del centenario en 1922.

El Centenario me parece relevante en el caso argentino por dos razones: por la presencia de la literatura y de los escritores como observadores y por los debates en torno a la cultura material. Hay un objeto muy tangible: la ciudad, los edificios, el gasto, la política pública en su manifestación arquitectónica. El materialismo de las exposiciones y celebraciones de los centenarios resultó escandaloso. Uno de los casos más conocidos y estudiados es el del libro de Manuel Gálvez *El diario de Gabriel Quiroga*, publicado en 1910 (y reeditado recientemente con una introducción de María Teresa Gramuglio) donde Gálvez compara a la ciudad cosmopolita con una prostituta. Como con las Ferias Mundiales -criticadas por autores como Gustave Flaubert, Fiodor Dostoievski, Charles Baudelaire o, entre los latinoamericanos, Horacio Quiroga, Rubén Darío y Paul Groussac, autor francés radicado en la Argentina- también en América Latina la crítica se deposita sobre la fachada, la escenografía, y se identifica a la ciudad como una falsificación y un ocultamiento de los problemas sociales.

La condición crítica del Centenario tiene varios focos. Por un lado las ferias representan la modernidad, con todas sus pesadillas: las masas que concurren a los festejos, la democracia con sus ecos de hegemonía del común sobre las elites letradas que pierden parte de su poder, la mul-

titud como monstruo y una evaluación negativa que, en el caso de la Argentina, toma el problema del cosmopolitismo como eje. Aquí se produce un viraje importante, porque el cosmopolitismo queda identificado con una desnacionalización, cuando los padres fundadores, Sarmiento y Alberdi, habían encontrado en la inmigración un recurso deseable para modernizar el país y combatir la barbarie. Ahora los extranjeros se han convertido en un peligro. Las primeras estatuas en una ciudad que carecía de ellas, son las que erigen las colectividades inmigrantes para homenajear a sus héroes, como Garibaldi en Plaza Italia. Eso genera indignación y una exhortación a lo que Ricardo Rojas, en el libro publicado en 1909 llamó *La restauración nacionalista*. En ese libro, en el capítulo que titula “La pedagogía de las estatuas”, Rojas recomienda poblar la ciudad de esculturas de héroes cívicos nacionales como una forma de promover el culto de la nacionalidad y desplegar una política educativa usando las plazas como escenarios y teatros. En forma simultánea, muchos de los monumentos alusivos fueron donados por las comunidades extranjeras: la Torre de los Ingleses en Retiro -que todavía subsiste- o el Monumento a los Españoles en la Avenida Sarmiento dan cuenta de ese recuerdo.

Junto al libro de Rojas se escribieron otros, todos de enorme interés para reconstruir el período, muchos de ellos resultado de encargos realizados por el Ministerio de Educación. El libro de Ernesto Quesada, *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas* (La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1910, 2 vol.), el de J. P. Ramos, *Historia de la instrucción primaria en la Argentina 1809-1909, Atlas escolar* (Buenos Aires, Peuser, 1910) y la *Didáctica* de Leopoldo Lugones (Buenos Aires, Otero y Cía., 1910), son solo algunos ejemplos de la producción intelectual subvencionada por el Estado, destinada a reflexionar sobre la situación del país con un ojo puesto en la educación y otro en la cultura. El relato no era necesariamente celebratorio, pero tenía una densidad simbólica que hoy resulta difícil encontrar.

-Vale la pena detenerse en el carácter ambivalente de esa celebración, no siempre celebratorio, en el Primer Centenario, porque seguramente en este nuevo centenario van a surgir cuestiones similares. ¿Cómo se



expresó esa ambivalencia en la construcción de monumentos y estatuas?

Las críticas de los escritores a los festejos del Centenario revelan algo que no resulta visible a simple vista: a pesar que desde hoy 1910 parece un momento triunfal, cuando la Argentina se encontraba entre los primeros países del mundo (expresión de un sentido difícil de desentrañar, ¿primeros en qué?), en rigor la percepción de los contemporáneos tenía rasgos muy negativos. Si comparamos Buenos Aires con Río de Janeiro vemos que en Río, doce años después y luego de la Primera Guerra Mundial, la presencia de monumentos construidos por naciones extranjeras (europeas y los Estados Unidos) es mayor que en nuestro país. Aquí los monumentos los construyen los extranjeros asimilados, las comunidades establecidas que también tenían hospitales y escuelas. Creo que es un dato importante que quizás indica el comienzo de una fuerza anticospolita, que va a convivir en la Argentina con tendencias a la apertura y el contacto con el exterior, pero que ya entonces permiten reconocer, como en Gálvez, marcas de un nacionalismo recalcitrante y xenófobo. El Predio Ferial de Palermo, entonces una zona alejada del centro, trazó una línea en la ciudad que unió Palermo con la zona norte y marcó el sector donde vive la clase alta. De este modo, la ciudad se volcó hacia el norte y la zona sur quedó relegada y marginal, menos visible y alejada del

círculo dominante, situación que se mantiene hasta hoy. Las transformaciones urbanas buscaron convertir a las ciudades en vitrinas, galerías del progreso como denominaron Jens Andermann y Beatriz González Stephan en un libro que estudia los museos, exposiciones y cultura visual en América Latina. En esta transformación se buscó ocultar aquello que no quería mostrarse: la pobreza, el conflicto, los rastros de barbarie que ahora aparecían identificados con la inmigración.

Es interesante que en el momento del Centenario, Buenos Aires era una ciudad con un patrimonio cultural público de edificios y monumentos bastante pobre. Como sabemos, el Cabildo había sido parcialmente demolido y la ciudad no tuvo durante el período colonial un lugar importante, ni huellas históricas perdurables. Los procesos de modernización urbana siempre entrañan el dilema de la destrucción como el costo del proceso de renovación urbana. Los debates sobre la Pirámide de Mayo, un monumento alterado por las luchas políticas entre Buenos Aires y las provincias a mediados del XIX, indican una superficie que no ofrecía un valor capaz de generar consenso. De modo que los monumentos debían evocar el pasado, los cien años de existencia de la nación, pero se trataba en rigor de obras que debían ser construidas en ese momento. Y muchos de ellos, como sabemos, fueron edificados por las comunidades inmigrantes. Así,

“El patrimonio cultural siempre despierta debates porque todos deberían verse representados en él y eso es imposible”.

los debates en torno a estas estatuas y esculturas abrieron una discusión interesante sobre la identidad colectiva. Ninguno de los que menciono, ni la Rural, ni la Torre de los Ingleses ni el Monumento a los Españoles tenía un sabor telúrico claro para muchos de sus críticos. Pero, ¿cuál debería haber sido ese tono? El mundo indígena nunca ocupó un lugar lo suficientemente digno en el imaginario argentino, la literatura gauchesca estaba en proceso de canonización y la ciudad portuaria todavía era mirada con hostilidad por el interior. Las provincias tenían una agenda políticocultural, de la que Ricardo Rojas o Manuel Gálvez -hijos de prominentes hombres públicos de Santiago del Estero y Santa Fe respectivamente- eran representantes, pero ante la población inmigrante de Buenos Aires resultaba difícil colocar los referentes simbólicos que ellos promovían.

Los monumentos consagrados, por lo tanto, no hablaban del conflicto social (la Ley de Residencia promulgada en 1904 para permitir la expulsión de extranjeros; los primeros atentados anarquistas que ocurrieron en esos mismos años). Una bomba en una función de gala del Teatro Colón, el ataque al Jefe de Policía durante un desfile militar son ejemplos interesantes de los tumultos que tuvieron lugar en el momento del Centenario, simultáneamente a los festejos triunfales.

-¿Cómo observa los preparativos para el Bicentenario? ¿Hay un patrimonio cultural que redefinir en este momento, así como se hizo en 1910?

El patrimonio cultural siempre despierta debates porque todos deberían verse representados en él y eso es imposible. Sin embargo, en la Argentina hay una tradición de negación de las minorías bastante acendrada. Los inmigrantes estuvieron ausentes de los museos hasta hace muy poco. El arte indígena, confinado a museos etnográficos y excluido de los museos de arte por considerárselo carente de valor estético, demuestra una diferencia con otros países latinoamericanos. Solo recientemente esas políticas han comenzado a cambiar, pero en comparación con otros países latinoamericanos estamos muy lejos. No hay una política de preservación cultural ni con la cultura material, ni con los archivos (como lo demuestra el caso del Archivo Histórico Nacional) ni con las bibliotecas. Por lo que veo hasta ahora, los festejos del Bicentenario

no albergan una discusión genuina sobre lo que somos o lo que queremos ser. La histórica división y enfrentamiento que articuló nuestra historia permanece bastante activa y se confunden gobierno y Estado. Durante el Centenario al menos se articularon políticas de Estado que habían tenido cierta continuidad: educación, libros para elaborar planes estratégicos de actualización curricular. Incluso en ese momento comienza a atenderse al mundo indígena, en trabajos como los de Félix Outes y Carlos Bruch, *Los aborígenes de la República Argentina* (Buenos Aires, Estrada, 1910), destinados a escuelas primarias, colegios nacionales y escuelas normales, y elaborados por profesores universitarios de ese momento. Con posterioridad, Ricardo Rojas continuará con su encuesta nacional de folclore, canalizada a través de las escuelas. La universidad hoy parece completamente desarticulada de las políticas públicas en la esfera cultural, ni siquiera cumple un rol en la esfera educativa.

En cuanto a la identidad colectiva, ¿dónde estarán representados hoy los inmigrantes contemporáneos de la Argentina, latinoamericanos, africanos, personas de Europa del Este o de Asia, que son, en general, bastante invisibles en la esfera pública? ¿Ocuparán algún lugar en los festejos del Bicentenario? Las políticas de Estado, sobre todo en la esfera cultural, requieren de consenso y no estoy seguro de que minorías o sectores no afines al gobierno hayan sido convocados a las celebraciones y planes del Bicentenario. Quizás me equivoco, ojalá que sí.

En síntesis, creo que el Bicentenario debería ser una ocasión para el balance y la reflexión sobre lo que hemos conseguido y lo que nos falta como comunidad, el Centenario tuvo mucho de eso. Todavía es muy temprano para evaluar el Bicentenario, pero algunos indicios como el pabellón argentino en la Feria de Frankfurt -donde los escritores (o artistas, excepto Gardel) estuvieron completamente ausentes, y los símbolos nacionales estaban en el deporte y la política- evocan los mismos debates del primer centenario, cuando Gálvez se quejaba de que los nombres de las calles evocaban principalmente a generales y políticos, y los poetas habían sido olvidados de la memoria colectiva.

* Director de la Universidad de Nueva York en Buenos Aires. Doctor en Literatura.